

LEA Y ESCRIBA, PER



COMO SE COMPRA UN LIBRO EN LA FERIA DEL LIBRO

Quien se dispone a asistir a la feria para comprar un libro, ha de seguir al pie de la letra una serie de mandamientos, sin los cuales, la compra en cuestión resultaría ordinaria. Porque no se trata de llegar a la barraca y decir cuánto, tanto, envuélvame, que me lo llevo. No, la cosa tiene su ceremonia, su cuento y su gracia. Veamos. En primer término, uno debe vestir las mejores prendas, en este caso, las más cursis pues nos encontramos en primavera. Sí, uno debe ir como los chorros del oro, bien duchado, bien perfumado, con clavel en la oreja y toda la familia, suegra y gato incluidos. En segundo lugar, uno debe inspeccionar puesto por puesto, abrazarse con algún escritor que en ese momento esté firmando ejemplares, poner los libros al trasluz, calcular su peso y la buena encu-

dernación. Pero esto ha de realizarse de modo que todo el mundo observe que sí, que hay en él un auténtico amante de la buena calidad. Por último, uno ha de apoyarse a meditar durante algunos minutos sobre su mujer, vamos, como si se tratase de algo absolutamente trascendental. Luego, tras dar unos pasos atrás, mirar éste y aquel libro, como indeciso. Y por fin, a gritos, decir: «Este, me llevo este libro». Entonces a uno se lo envuelven, los defensores de la inteligencia le aplauden, los editores le besan y la mujer se emociona y se le adelanta lo que se le suele adelantar a las señoras cuando su marido comete la locura de comprar un libro. Y nada más. Eso cierra el número que monta cada año el buen burgués para proteger a la Cultura.

LA BERNARDA



Todo empezó cuando el hermano pequeño vio que Juanelo estaba escribiendo algo a hurtadillas: «Papá, Juanelo esconde unos papeles en el libro de Latín, le he visto yo guardarlos». El padre registró el pupitre y, en efecto, entre las hojas del Julio César aparecieron varias cuartillas con borrones y tachaduras: ¡era un ensayo literario! Don Tomás se desplomó en un sofá, conteniendo apenas un sollozo: «Dios mío, que habré hecho yo para que me salga un hijo con estas aficiones, ¡si sólo ha visto en casa buenos ejemplos!».

Reunido el consejo de familia, se acordó enviar a Juanelo a un colegio de religiosos, donde pudiesen controlar sus lecturas y atajar de raíz aquella peligrosa inclinación: «Si le ve usted escribiendo, no dude en avisarme —le suplicó el padre al Rector—, no



EL APRENDIZ DE BRUJO

podría soportar una vergüenza así en la familia». La tía Aurora rezó muchas novenas, y la madre, doña Emilia, ponía todos los lunes velas a Santa Mónica, madre de San Agustín, y el milagro se produjo. Juanelo empezó a frecuentar menos las perniciosas amistades del Café Gijón, y ya no se gastaba todos sus ahorros en libros absurdos, que mezclaban distintas acciones, con capítulos salteados. Cuando llegó el momento de escoger carrera, su padre le consiguió convencer con suavidad, pero

con firmeza Filosofía y acabar de bi Y Juanelo l se puso a p notario, que años de ne cuando ya e tamente no empezado u tontamente tráfico. Sus solables por ser que hal nerar con t señora Emi desgarrón e do los ense tarjetas que cho hacer, NELO LOPE aquello le si suelo: «¿Qui

EL I
EL B

RO SEGURO



UN LIBRO AYUDA A TRIUNFAR

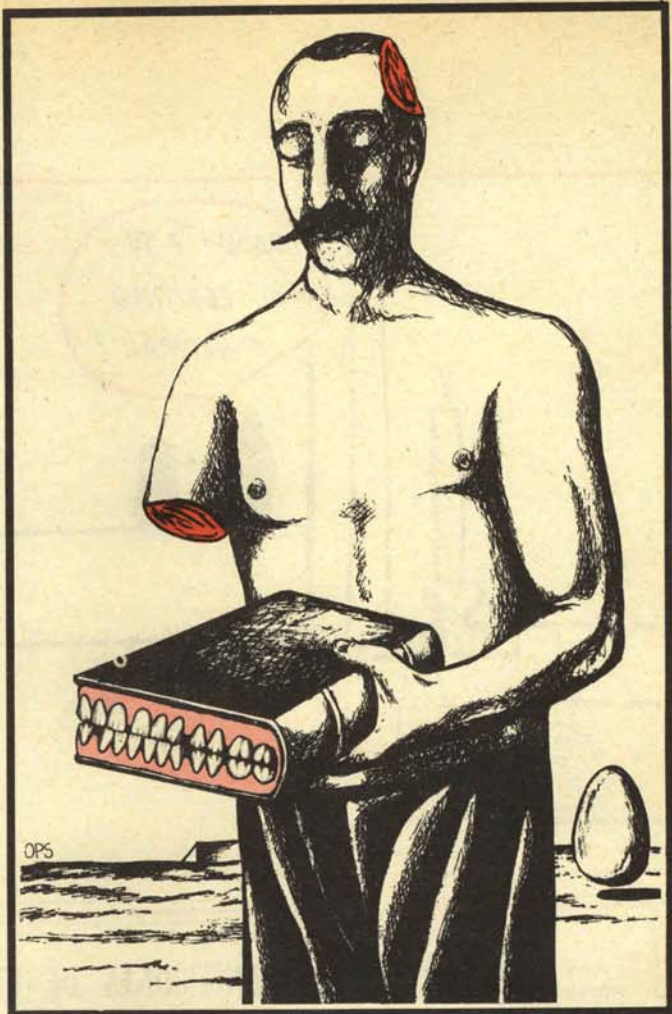
Como en España continúe esta manía de leer, al final le auguro yo al estadio Bernabéu. Las estadísticas no mienten. En nuestro país, según los cálculos más imparciales, se publican al año unos millones de libros, existen trescientas mil bibliotecas públicas, hay setecientas mil librerías en cola en la entrada, se exporta por valor de unos cientos mil millones de pesetas, y esta paridad editorial es la segunda fuente de divisas después de los tomates de Almería. Las estadísticas son exactas, pero frías. Hay que salir a la calle para darse cuenta de la euforia cultural que ha invadido gozosamente al país. Es un placer moroso ver el Metro atestado de obreros en la hora punta con su libro en la mano dirigiéndose al trabajo; es una gloria contemplar a señoras de cuarenta años en el autobús leyendo a Sartre; es un placer ver los bancos de nuestros inmensos parques poblados de jubilados, con un grueso volumen apoyado en la entrepierna que sólo levantan la vista al final de cada capítulo para dar unas migas a los pajaritos. En las librerías hay bofetadas por adquirir la última novedad. Las bibliotecas escolares con solares para montar nuevos edificios en claraboyas de luz tamizada que derrama una luz cenital sobre un gentío de cráneos lectores en sus miles de pupitres alineados. La televisión, el cine, el deporte en el filo de la actualidad y del interés

del público, percute día y noche en programas de profunda cultura. Francamente creo que este país en materia de libros se ha pasado.

Después de esto pienso que es conveniente explicar a todos los españoles lo que es un libro. Realmente un libro es una cosa cuadrada parecida a un ladrillo; suele tener unas tapas de piel, de tela, de cartón o cartóné; dentro de las cubiertas hay un conjunto de hojas de papel, una encima de otra; estas hojas están llenas de una cantidad enorme de letras como patas de mosca; los libros se abren con un suave movimiento de las manos, y hay que advertir a todos los españoles que no pasa nada si un libro se abre: no hace explosión ninguna bomba, no se cae ningún tabique, no le coge a nadie el tifus por eso. Un libro sirve, sobre todo, para leer las letras que hay escritas en las hojas numeradas que han sido escritas por un muerto de hambre que no tenía mejor cosa que hacer.

A todos los españoles hay que advertir que un libro ayuda a triunfar, sobre todo uno muy buscado y muy agotado que se titula libro-talonnario de cheques. Baste con decir que con este libro se triunfa tanto que se puede entrar gratis a la tribuna del estadio Bernabéu.

VICENT



Una feria, eso es lo que es la feria del libro. En ella se expone todo lo que no se lee a lo largo del año. Y, claro, no faltan los ingredientes propios de toda verbena intelectual: barracas, polvo, primavera y cada uno de los egregios escritores del país firmando ejemplares a la «remanguillé» para el caballero y para la señorita, para el soldado y para el ama de cría. Porque la feria no viene en plan de oferta, señores, viene en plan de regalo. ¡Acérquese que la Cultura no muerde! ¡No deje pasar la ocasión sin llevarse las obras completas de alguien para calzar una mesa o para decorar su mesilla de noche! Pasen, señores, pasen y hagan suyo el refrán «leer no cuesta dinero, pues se enriquece el cerebro». Pero no olvide llevar a su merienda, que los duelos con pan son menos. Palabra de honor: nadie le obligará a



EL PARAISO DEL ANALFABETO

leer lo que compra. Por eso no conviene que pasen estos días sin que usted haga puerto en el paraíso del analfabeto. Hay que marear al inculto como sea, que observe que ocho docenas de centenares de hombres sacrifican su imaginación para que quede impresa e ilustrada por el amigo pintor. Porque lo importante no es lo que diga

el libro, eso, al fin y al cabo, es lo de menos, lo que en realidad importa es que quede bonito. Que pueda colocarse entre los ceniceros de plata y no desentone. Que se le ponga a la mujer entre los pechos y éstos no se amotinen. Que se sirva con la sopa, bien troceado, y que no revolucione la digestión.

Un libro ha de ser una cosa muy bella. No olvidemos que de lo contrario la feria no tendría razón de ser. ¿O quiénes creían ustedes que iban a leer los libros que allí se exponen? ¿Los analfabetos? Eso es imposible, pero para ellos son, pero para ellos son. Libros para todos, pero no se le ocurra leerlos, porque entonces la feria no sirve de nada.

WHO KNOWS

de que no hiciese Letras, si no quería bibliotecario municipal. Derecho, y luego preparar oposiciones a sacó, tras de largos años y esfuerzos. Y estaba casi completamente feliz, murió en un accidente de tráfico. Sus padres estaban inconsolables por haber perdido a un hijo tan conseguido. Después de mucho esfuerzo para la familia supuso un nuevo intento de encontrar, arreglándose de su hijo, unas palabras que el chico se había hecho adolescente: «JAZZ. ESCRITOR». Pero no vio también de cómo ha sido mejor así!». **HIJO DE GUZMAN JENO. ESCRITOR**

